



UN REBAÑO DE GALLINAS
Y UN PERRO

María Luz Morán

UN REBAÑO DE GALLINAS
Y UN PERRO



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© María Luz Morán

ISBN: 978-84-10082-08-3

ISBN digital: 978-84-10082-09-0

Depósito legal: M-32322-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

En un corralito cercano a una casa, vivían un puñado de gallinas. A las gallinas las acompañaba un perro. Cuando el perro estaba suelto por la finca, las gallinas estaban recogidas.

En ese gallinero y de entre las gallinas, picoteaba y sesteaba Gallinita que fue a parar allí cuando el dueño, en una remesa, la trajo para casa junto a su adorada Pichoncito.

Pichoncito y Gallinita eran hermanas, las había incubado la misma gallina con sus mismos cacareos, contando las mismas pajas de su celdilla.

Gallinita estaba presta a subir al aseladero cuando se dio cuenta de que faltaba una compañera, su amiga, y dio rauda la voz de alarma:

—Falta Pichón, falta Pichón, Pichoncito no está.

Las alas abiertas de par en par, bailando sobre sus patas.

—¿Qué?

—¿Cómo dices?

—Eeeh... ¿Pichón?

—Pichoncito, Pichoncito.—cacareaba la gallina.

Todas sabían que era reo de muerte pues el perro andaba suelto.

No es la primera vez que el can mata a una gallina. Una vez, en el descuido del amo, mató a seis. Las coge

por la cabeza y las zarandea de un lado para otro como si tal cosa. —Piensa que está jugando —le explica el dueño a su madre.

—Ya, él no es consciente.

—Qué va, está jugando, piensa que es un juego. Es la naturaleza del can. Nació para dominar aquella vasta finca y lo hace con gusto.

La gallina Clueca reacciona ante el escándalo producido por gallinita y las demás.

—¿Queeeeeeeé? —dice agitando su pequeña cabeza con estupor—. No, no, no —cacarea sin poder arrancar a hablar—. No, no, no. No puede ser, Pichoncito no —dice esto último en un grito cargado de miedo.

—Clueca, haz algo.

—Sí Clueca, por favor.

—Sí, sí, sí, sí ¡aaajjjjjj! —cacareó esta última porque el miedo se le metió en la garganta.

El corral estaba revuelto. Las gallinas iban y venían extendiendo sus alas, corriendo por toda la nave.

Ponedora, la gallina que siempre estaba calentita entre las pajas, acurrucada en su celda, se irguió. Miró alrededor y gritó:

—Quietas todas. Alto ahí —y pasó una mirada severa por encima de sus compañeras—. O me escucháis, o se arma una buena.

Su mirada severa se posó en Pusilánime. Esta era pequeña, estrecha y sin carnes, tanto que apenas tenía fuerzas para poner el huevo. Siempre, a mitad de la puesta, gritaba desahogada:

—Que alguien me ayude, este no sale. Cabrón de huevo que no quiere salir.

Pusilánime producía el rechazo de todo el corral pues era soez, maleducada y egoísta.

—Cacaracá, Pichoncito está muerta —balbuceó Ponedora en cuanto dejó de cacarear. Todas a una, todas las gallinitas se giraron a una y la miraron,

—Queeeeé.

—Síiiii.

—Nooooo —gritaban algunas.

Otras, las más, se tapaban la carita con sus alas. Miedosa cayó de espaldas, no quería saber nada del mundo, no podía ser verdad.

—¿Qué dices, Ponedora? —preguntó Clueca que sabía que a Ponedora le gustaba hablar por hablar, o eso pensaba ella—. Como digas otra insensatez te expulso al rincón.

—No, Clueca.

Ponedora dejó de beber agua de uno de los bebederos que el dueño tenía esparcidos por todo el corral. Miedosa abrió un ojo y giró la cabeza de lado para ver a Ponedora que, aunque no era de su gusto pues siempre estaba en su celdilla, podría estar diciendo la verdad.

—No Clueca, no —proseguía Ponedora. Su discurso estaba siempre plagado de cacareos a mitad de las palabras—. Clueeeecaa no —. Elevó la voz y con su ala extendida la pasó por todo el recinto y calmó, algo, los gritos agitados de las demás gallinas.

—Os repito que no, y si digo que Pichoncito está muerta es porque el can estaba al lado suyo. Yo lo vi con estos dos luceros que tengo por ojos.

Clueca se agitó hinchando y deshinchando rápidamente el pecho. Lo hinchaba hasta casi reventar, quedando marcadas entre sus plumas las dos buenas pechugas que tenía, de las cuales estaba orgullosa.

—Compañeras, alto a la agitación que se ha hecho presa de vosotras.

Clueca estaba en su salsa, todo el gallinero pendiente de ella, lo sabía y por los nervios de la perorata que iba a soltar, se le abría y cerraba el ojo en un guiño, que cuando menos, producía curiosidad para Gallinita y risa para Pichoncito.

—Os digo, como líder vuestra que soy...

Se oyeron algunos carraspeos, unos más suaves que otros, estos de las gallinas más viejas, pues la conocían. Clueca hinchó el buche, quedó un minuto azorada y después de repasar con su tic y su ojo bueno el recinto, vio que podía con la situación, por tanto, estiró el ala derecha hacia abajo, la pata derecha, la izquierda, la derecha y movió la cola rápidamente. El ala regresó a su sitio y cacareó:

—Pichoncito ha de regresar.

Quedaron en silencio. Ni Ponedora, que estaba en su cubil reconfortándose con las pajas, y que solía estar de gorja en esos trances, se atrevió a respirar.

—Vaya, es pitonisa —dijo Sabia meneando grácilmente la cabeza, y la cresta le iba para un lado y para otro, eso le encantaba. Le dio con el ala a Pedante para asegurar mejor su sentencia.

—Bahuuuauh uuuuuh uuuuubah —decía Pedante, y se movía de izquierda a derecha poniendo todo su peso en cada pata.

—Te digo que es tonta y no lo sabe —le miró Sabia sentenciando.

—Puede —se atrevió a decir Pedante mirándola.

—Te digo que es por admiración por lo que habla. Solo busca ser admirada. Todavía me acuerdo de cuando se miró en el charco claro de aquella tarde soleada y lluviosa, para luego entrar con furia a casa y comer todo el grano del comedero. Estuvo un día mala. La cabeza se le caía y no se tenía sobre las patas. El amo casi la sacrifica.

—¿Y eso qué demuestra?

Pedante no era tonta, aunque sí era muy interesada, por eso decidió salir a favor de Clueca, por dejar a Sabia sin argumentos.

—Ay reocristo —sabia encolerizó.

Pedante se ladeó para dejar que soltara su retahíla que nadie comprendía, ni siquiera ella.

—Reocristo, por mis plumas —iba y venía de un lado de la esquina a otro—,reocristo—nadie sabía lo que significaba—. Por mis alas, me corto la gorja, reeeecristo, fue por el poder, ella quiere poder ¡quiere mandar, leche!

—Uuuuuh, uuuuh, uh. Y qué más da si manda ella o manda otra.

A Sabia no se le escapaba su afinidad en cuestión de ansia de poder y admiración, pues eran similares.

—No da lo mismo, recontra. Clueca solo vive para sí, no solo le gusta mirarse por horas en los charcos, si no que para conseguir algo de ella tienes que adularla.

Pedante también quería el poder, era algo que rumiaba a solas con sus pensamientos. A Sabia no se le escapaba su intención, y ella prefería a Pedante, pues aparte del defecto de perderse en palabras, el uno o dos que tenía eran asequibles.

—Reontra, pareces lerda, ¿cómo va a dar igual que mande Clueca a que mande Miedosa o a que mandes tú, por poner un ejemplo?

Pedante quedó sorprendida, Sabia dejó de agitarse y de moverse para situarse enfrente de ella. Pedante tenía las plumas del lado derecho de la cabeza ligeramente más largas que las del izquierdo y también, ligeramente abultadas. Eso a ella la hacía sentirse hermosa entre las gallinas.

Pedante tembló un poco, nunca antes había sentido el poder tan cerca.

—¿Lo diceeeees en serio?

—Mira, gallina con plumas, nunca he hablado tan en serio.

A Sabia y a su reducto de fieles no les seducía que Clueca se hiciera con el poder, pues a fuerza de pasarse horas contemplándose en el espejo se hacía perezosa, indolente y mentirosa, así por encima, como decía Temerosa, la más cercana a Sabia.

Pedante no las tenía todas consigo, no sabía bien cómo encajar este nuevo golpe del destino, este apoyo

inesperado de Sabia y su tribu. Bien sabía Pedante que no era como Clueca. A Clueca nada se le ponía por delante pero pedante tenía miedo, miedo hasta de su sombra. No era comparable con Temerosa pues esta era insegura, Pedante no. Su dominio de las palabras la hacían valiente, pero hasta cierto punto. Valiente, cuando estaba con las demás. Le gustaba usar palabras que nadie conocía y de esta manera se sentía superior, dominando la situación. Por otro lado, no le asustaba verse rodeada de plumas y plumas de gallinas que, según ella, admiraban su talento, que no era más que el resto de sus compañeras la dejaban estar sin darle más pábulo.

—Pedante, Pedante, despierta gallina.

Pedante se había quedado ida en su ensoñación pensando en ser la líder del corral. Un hilillo de baba le goteaba por el pico y los ojos los tenía entrecerrados, solo una ranurita muy pequeña indicaba que no estaba dormida.

Las gallinas que estaban con Sabia, Temerosa y Apocada, se rieron con gusto a lo que Pedante reaccionó intentando abrir de golpe los ojos haciendo el efecto, por el esfuerzo tal vez, de girar la cabeza hasta dejarla caer sobre la gorja y la pechuga, y el ojo cerrado.

—Buuuuuh uuuuh uuuuh.

No acababa de arrancar y Sabia le dio con el ala en la espalda.

—Buuuuuuueeno, qué hacemos hoy.

—Qué vamos a hacer. Poner el huevo que yo todavía no lo he puesto, ¿y tú? —le contestó Temerosa yendo para la esquina a poner su huevo, allí mismo.

—Te acompaño —dijo Apocada que se instaló a su lado dando la espalda a casi todo el corral.

Pedante despertó, la llamada de la naturaleza le sacudió y se puso a comer grano. Sabia le dejó estar, por el momento, sabía que con el buche lleno la gallina era más maleable.

Sabia orquestaba su venganza, quería hacer morder el polvo a Clueca. No soportaba su pechuga hinchada y la correcta colocación de sus plumas que parecían siempre recién peinadas.

Su desavenencia con Clueca se remontaba tiempo atrás, cuando Clueca, recién llegada al corral, se propuso la meta de conseguir más grano para su contento. Nada más verla se le cruzó en la mente y desde entonces, no soporta ver cómo ladea su pechuga de un lado a otro.

—Qué dices tú, pedazo gallina con alas, ya tenemos suficiente.

—Oooooooh querida gallina, nunca es suficiente. Oooopj oooj lo bueno nunca es suficiente.

—Maldita gallina resabida —dijo Sabia para sus adentros—. En este caso sí, gallina con plumas, tenemos suficiente grano pues siempre sobra para el sol siguiente, cuando viene el amo a reponer.

—El grano se come todo, a una hora o a otra. ¿Ves ese cuenco?, me lo como yo ahora, oooj oooooj .

Y Clueca corrió resuelta en dirección al comedero dejando a Sabia con la palabra en la boca y eso ella no lo perdonaba, así que se fue para allá, a zanjar lo que veía como un problema.

—Mira pechuga loca, aquí mando yo y si digo que el grano llega es que el grano llega.

—Buuuuuuuaaaagg, veo muchas gallinas y pocos comederos, mis plumas no están dispuestas a pasar hambre. Vengo de un corral en el que el grano caía sin cesar del cielo.

—Está loca, esta gallina está loca —gritaba sabia con aspavientos de alas.

—Loca, loca —le empezaron a gritar a coro el resto.

—Loca, loca —le insultaban hasta esas dos gallinas esmirriadas que llevaba Sabia de compañía.

Clueca de repente dejó de comer, el ojo izquierdo empezó a cerrarse y abrirse involuntariamente y la cabeza, colorada, se le movía sin cesar mientras ella solo atinaba a decir: «Co co co co co co co», no se ponía.

Sabia pasaba su victoriosa mirada por el corral, nadie le hacía sombra. Lo había vuelto a conseguir, las tenía a todas entregadas jaleando «loca, loca». Riéndose.

Aún hoy, Clueca no sabe de dónde sacó el arranque pero de pronto, dejó de mover la cabeza, y entre el tic de su ojo izquierdo y el entreabierto ojo derecho, vio a Sabia con las alas en un puño hacer el signo de la victoria, moviéndolas de un lado a otro y de arriba abajo. No lo pensó, Clueca no pensó, se vio de repente cogiendo carrera, dando tumbos, pues no veía bien debido a su tic, abalanzarse sobre Sabia y en el fragor de la batalla, romperle la punta de dos de sus plumas del ala derecha.

—Aaaaag —gritó estertórea Sabia—, que me mata. A mí, las gallinas.

A lo que Clueca miró desafiante con lo que paró todo intento de movilización por parte de ellas.

—Te arranco la cresta —atinó a decir cuando notó que una fuerza la empujaba hacia atrás. Eran Gallinita y Pichoncito que la quitaron de su presa, poniéndola fuera de su alcance, haciendo de muro de contención.

—¡Dejadme, dejadme que le arranco la cresta, vive mi padre!

—No, clueca bonita, no hagas eso que te vas a arrepentir —le decía conciliadora Pichoncito.

—Se la arranco —volvió a decir mientras daba con su cuerpo en el suelo, quedando patas arriba—. ¡Se la arranco, vive mi padre!

Pichoncito se le acercó y con un ala sobre su pecho y la otra en la sien le decía:

—No merece la pena gallinita preciosa, yo estoy contigo. El corral entero está contigo, consigamos un corral de grano y agua cayendo en cascada sobre nuestros buches.

Al oír comida, a Clueca se le encendió la luz.

—Yo no tengo esta pechuga de alimentarme del aire.

Y dio un puñetazo en el suelo con sus plumas, miró al enemigo y empezó a sosegar.

Sabia estaba maltrecha, con la punta de dos de sus plumas colgando, despeinada y con un ataque de nervios.

—Ag, ag, ag que me matan.

Temerosa la miraba a ella y miraba a Clueca, a una y a otra a la vez, rápidamente con cara de estupor pues la intocable Sabia yacía tumbada en el suelo con una pata

levantada. Apocada no se movía, siempre hacía lo que Temerosa decía o hacía, era su reflejo.

Temerosa estaba en la pared, apoyada en ella. Era inconcebible lo que había vivido. ¡Sabia derrotada! Y lo que era peor, la otra gallina comiendo, sin hacerle caso, dejándola sumida en una atroz indiferencia.

Sabia estaba en el suelo, con el pico abierto, moviendo de lado a lado la cabeza. El corral, interrogante, preguntaba, todas a una:

—¿Qué pasó? ¿Cómo lo hizo? ¿Por qué cayó?

A Clueca le era un tanto indiferente el corral, a ella solo le bastaba el comedero. Eso eran palabras mayores. Si quieres buscarle las cosquillas a Clueca, háblale de grano.

Sabia quedó herida, y no solo en las plumas. A partir de ese día no fue la misma y nada fue lo mismo. El gallinero quedó herido por una duda existencial que nadie podía salvar. No, ya no era el amo el excelso dueño de todo, quien marcaba las pautas de vida allí, en el corral y por ende, en el universo. No, ahora estaba el grano y lo que se translucía, por grano se pelea, por grano se mata.

Sabia no dijo ni «có» se levantó a duras penas, lamiendo su orgullo herido y se fue con su fiel Apocada pues Temerosa se hallaba, disimulando, buscando un lugar adecuado en donde refugiarse si venían mal dadas.

A Sabia le flaqueaban las patas y por consiguiente el cuerpo. Parecía que a las plumas les daba el aire debido

al tembleque. Miró de reojo a un lado y a otro del corral y viéndolo aparentemente en calma, le hizo un ademán con la cabeza a Apocada de: «adelante», y acto seguido buscó con la vista a Temerosa. La vio, se vieron, entrece-rró los ojos y se quedó mirándola. Temerosa no tuvo otra opción, fueron muchos bocados los que Sabia le había puesto en el pico, por lo que hinchando pecho y deshin-chándolo, pasando su ala por las ralas plumas de su cabe-za y aclarando su gorja con un breve, brevísimo gorjeo, fue con paso tímido hasta la altura de la maltrecha Sabia que se azoró tiñendo su membrana ocular de rojo. Sabia más reconfortada, miró de soslayo a Clueca que estaba de espaldas, bebiendo agua del bebedero, ajena a la tragedia y a la voz de un débil «vamos», Sabia y sus seguidoras salieron despacio del corral.

El resto de las gallinas la miraban y no la querían ver, moviendo rápidas sus cabezas de la estampa de Sabia al frente, y del frente, de la nada, a Sabia. Se oía el ligero cacarear de alguna gallina, sobre todo de Ponedora que desde su celdilla habitual tenía las mejores vistas de la escena.

Sabia salió a la calle y en cuanto estuvo fuera de la vis-ta del resto, cayó a plomo, allí, al lado de la puerta. Hun-dió su cabeza sobre el penacho y su ala izquierda posada sobre su cabeza cegándole los ojos. Allí quedó, ella sabía muy bien qué era lo que había pasado. Pasó lo inevitable, lo que nunca hubiese querido que pasase: de poner la finalidad de todo lo que acontece en la vida, de las manos

del dueño, a ser el grano la causa del fin, y lo que es peor, de ser ella la máxima autoridad del corral, a dejar paso a Clueca, la nueva gallina pechugona que con su ímpetu, sin quererlo, se adueñó desde ese instante de algo que Sabia no podía definir pero que intuía. Se adueñó de la voluntad de decenas de gallinas que allí convivían. A la voz de «a poner» Sabia sabía a ciencia cierta que todas las gallinas pondrían y por consiguiente ella quedaría al descubierto, pues hacía ya tiempo que dejó de poner huevo.

Estaba perdida, si el dueño se enteraba la mataría, para sopa, ¡y qué le vas a hacer! Pero ella no, ella por lo que había representado, por su sabiduría, ella no. No era como las demás, no podía acabar en el puchero. Prefería estirar la pata a la sombra del cerezo, en el corral, luego que hiciese el amo lo que quisiera. Ella tenía que dejar su impronta, su marca de pata en el suelo del corral.

El corral estaba en silencio, unas a otras se miraban para saber el siguiente paso de Clueca. Allí estaban, y de pronto, desde la puerta, llegó un creciente ruido de agitar de alas, era Valiente que llegaba a la carrera con la siguiente noticia:

—Aaaach, cocooah el amo trae las patatas cooog.

—¡Bien, bravo, fiesta! —se oyó decir entre cacareos.

Era lo mejor del día, cuando el amo traía la pasta de harina de maíz y patatas cocidas. Clueca desplegó sus alas y salió a la carrera, todas le dejaron paso. Al salir, a toda prisa, ni se percató de las tres gallinas que estaban al lado de la puerta, sentadas en el suelo. Sabia levantó los ojos y

los volvió a bajar, pasó el pico por su penacho, no quería comer:

—Id a comer, no perdáis grano —les dijo valiente a sus fieles.

Sabia aprendió la lección; todo por el grano. Quería pasar desapercibida, tenía que curarse y se sorprendió de que Clueca no se hubiera revolcado con la victoria ni tampoco en su derrota.

—Hay que estudiar a esa gallina pero no, no es plato de mi gusto, co co co por pechugona —dijo débilmente.

Debido a este percance Sabia tenía a Clueca atravesada y de la gorja para abajo no le pasaba, por eso se oponía cuando a ella, a Clueca, se le hinchaban los zarzos y asumía la condición de líder, estando a la vez, preocupada por el grano y su pechuga.

—¡Pichoncito ha de volver!

—¿Por qué se dice eso? —gritó como un resorte Pedante dejando de engullir la masa de patatas y harina que ese día trajo el amo.

—Es decir, esto es, a lo que hablo ¿Quién tiene una prueba fehaciente de su muerte?

—Recristo ¡a callarse todo pico! —gritó exasperada Sabia—. Puede que vuelva —miró de soslayo a Clueca y vio que esta hinchó el pecho a reventar, las plumas se le salían del penacho. Sabia no quiso reparar en ello por no distraer su atención, tenía la oportunidad en sus manos para arrebatarse a Clueca el poder y dárselo a Pedante que, con semejante hecho, comería de su pico, del pico de Sabia, y así, ella tendría el poder nuevamente.